

## **F**ederación, el pueblo represado

*Por Enrique C. Suárez*

### **A modo de introducción**

El objeto de este trabajo no es el relato de un recuerdo, aunque comience con uno. Solamente, y en un espacio reducido, lo que se pretende es dar testimonio del “estado de las cosas”. ¿Y a qué nos referimos con esa expresión? Durante mucho tiempo (25 años) solamente se ha hablado del traslado de la ciudad de Federación como si hubiera sido el traslado de un mueble, como una anécdota más. Y aunque se han dedicado informes periodísticos, documentales, historias sueltas de vidas, no conocemos (tal vez se deba a nuestra propia y pobre ignorancia y falta de información), testimonios escritos y de fácil acceso, que relaten, que transmitan, aquel infinito dolor de un pueblo que no solamente fue “represado”, sino también ignorado, despreciado, despojado en fin, de uno de los valores más preciados del ser humano: la dignidad.

Junto a todo eso, que no es poco, hemos podido observar, tanto en la literatura consultada, como en las entrevistas (largas charlas salpicadas de anécdotas, de llantos y alegrías), que ellos, los “represados”, habían actuado su despojo. Y aun hoy, después de tanto tiempo, lo hacen, como un estado de hipnosis, como un estado especial, como el estado en que se encuentran los actores en el preciso momento en que se produce una especie de clic, y son el personaje. Y cuando se revierte ese estado, y vuelven a ser ellos mismos, saben sin embargo que lo vivieron, y cómo lo vivieron. Saben que fueron la princesa buena, el maldito y frustrado Ricardo III, el pobre y miserable viejo inmigrante de Discépolo, etc. Pero por encima de todo eso, siguen siendo los dignos, inteligentes, imaginativos actores a los que eventualmente les ha tocado aquella representación llena de abismos.

## Primera Parte : viaje y descubrimiento

Durante muchos años me había negado a visitar la Nueva Federación. Ya mis ojos, mi memoria, mi propia historia no tan reciente, habían fijado una imagen de la ciudad vieja, en la que estaba esa calle por la que habíamos entrado lentamente con el Citroën gris 2CV, mod. '69 "... que solamente le gustaba a su dueño..." como decía la Mafalda de Quino en aquellas tiras también de esa época.

Era 1974, verano. Eran las vacaciones que a Silvia y a mí siempre nos gustaban, como a tantos otros, porque partíamos hacia alguna parte, lejana o cercana, nos metíamos en todos los caminos que encontrábamos, visitábamos los cementerios, las iglesias o templos, los museos; hablábamos con todos, y dormíamos en la pequeña carpa que nos prestaba algún amigo, y terminábamos inundados si llovía, o con tremendos palos "clavados" en la espalda que nos dejaba casi lisiados todo un día siguiente.

Tardamos mucho tiempo, días, y pasamos por muchos lugares extraños, antes de llegar una mañana temprano a Federación. En ese momento me enteré que existía un pueblo lleno de tipas gigantescas que se cerraban allá arriba dejando permanentemente correr un aire perfumado en las calles de "piedra china".

Muchos años después sigo recordando ese local de ladrillos vistos, ochava estrecha, antiguo piso y mostrador lustroso de vieja madera, en una de cuyas mesas nos sentamos aquel mediodía, y nos sirvieron unas milanesas que se caían literalmente del plato si no las hubiéramos cortado por el medio para encimarlas. Un amigo que nos acompañaba, saxofonista, gordo, de piel aceitunada, que rebosaba salud y simpatía por todas partes, nos contaba del jazz, y de sus trabajos en barcos transatlánticos en orquestas *ad-hoc*; y en Buenos Aires en la sinfónica de la Federal. Le llamaban la atención esos pueblos del interior, con sus siestas, su tranquilidad y esa cercanía "a la mano" con el campo.

Y a los tres nos llamaban la atención esas pieles de colores oscuros, terrosos, tan especiales en algunas zonas de nuestro territorio, caminando codo a codo con los descendientes de italianos, de españoles, de ingleses, de portugueses, que a fuerza de genética pura, se les había agregado un tinte levemente oscuro, pero que no habían podido disimular ancestros, delatados por esos ojos celestes, los cabellos claros, o las mismas texturas, y alguna boina típica o algún chaleco oscuro. ¡Ah, toda esa gente!. Los habitantes de ciertas regiones, también tienen ese tan especial sentido del trato con el otro. Sus miradas son puras, silenciosas y sigilosas. No dudan en su atención, pero son callados de una manera serena, nada expectante. Su interlocutor puede estar tranquilo finalizando, redondeando sus ideas, y decirlas y reafirmarlas... Ellos miran, apenas sonríen suavemente. Y lentamente comienzan a explicar si hay que explicar, indicar si es necesario, y solamente estar de acuerdo o en desacuerdo, si es muy necesario hacerlo. Si no, para ellos, es mejor desviar la conversación hacia otros tópicos.

Al atardecer regresamos a la zona cercana a la ciudad de Concordia. Se nos rompió el auto, lo atamos con alambre, al más rancio estilo criollo, seguimos la marcha y arribamos a "La Tortuga Alegre", famoso camping en el que otros amigos, incluyendo al administrador y al cantinero, nos esperaban con un

poderoso guiso de liebre cuyo componente principal había sido provisto por otro acampante que había salido a cazar la noche anterior. Todos los comensales salvo nuestro amigo saxofonista y un compañero (también músico, pianista él) y nosotros, (Silvia y yo) eran de la zona. Puesteros de campos vecinos, hombres de a caballo que arreaban ganado, otros eran albañiles o hacían changas,. Es decir de ahí, de puro campo.

Comimos en el suelo o en algunos bancos y sillas bajos, formando una gran rueda, iluminados solamente por las llamas de una regular fogata en el medio, con una trebe de la que colgaba la olla negra del guiso. Cada tanto el cocinero-cantinerero la acercaba o alejaba del fuego valiéndose de un adminículo en el que se integraban el sistema de palanca y pivote, según necesitara calentar o no, o agregar elementos para “estirar”, según llegaran comensales inesperados.

Nosotros los de afuera éramos los que más hablábamos. Ellos, nuestros anfitriones si se quiere, respondían a lo que antes he descrito. Apenas levantaban sus cabezas, nos espiaban casi ocultos los ojos por esa noche apenas iluminada. Contestaban con pocas palabras, algún movimiento de cabeza. Sus manos también se expresaban poco. Eran manos duras, poco graciosas o estilizadas.

Pero eran manos sinceras.

La cena transcurrió con la misma paz que habíamos sentido en Federación, ahí cerca. Esa noche, y después por muchos días, tenía momentos, como fotografías, en los que aquella pequeña ciudad aparecía fuertemente en mis pensamientos.

Días después volvimos a Paraná. Federación había sido el lugar más al norte al que habíamos podido llegar. La rotura de la caja de velocidades del Citroën, aunque parcialmente reparada, nos acobardó. No podíamos darnos el lujo de seguir, con el riesgo de volver a tener otro contratiempo similar que nos costara más dinero. Nuestra intención de cerrar por el norte la provincia, hasta La Paz, y de allí bajar a Paraná, se frustró. No sabía por esas épocas, que ésa sería la última visión de la “vieja” Federación, en vivo, que había tenido.

Unos años después, se comenzó a hablar de dos cosas importantes para la región: el Paraná Medio, y la inminente construcción de la represa de Salto Grande.

## **Segunda Parte. Una historia reciente: Los represados.**

Durante todos estos años mis contactos con Federación la nueva, fueron a través de noticias en los diarios y revistas, algún noticiero televisivo, o por lo que relataba algún amigo viajero. Sabía de antemano que yo mismo rechazaría cualquier halago basado en los paisajes, la naturaleza, el lago o el mismísimo progreso de esa población castigada.

En una oportunidad, en 1994 hubo, en Paraná, una reunión de representantes culturales de todas las municipalidades de ciudades cabeceras de la provincia. Nos fuimos presentando, y más tarde cada uno dibujó primero, y describió después su propia ciudad, y algo de su historia. Y la historia de

Federación contada por Alina y Andrés fue conmoviente. Era, en

definitiva la historia que venía conociendo en cuotas.

Los representantes de la comisión de cultura en esa época, eran un matrimonio, que de ellos se trata, cuyo interés por el hecho cultural, pensaba yo, era consecuencia de los avatares de la misma población. Era más un intento de interpretación de sus propias reacciones y comportamientos ante los contratiempos y una búsqueda.

Fueron ejemplificando con hechos de lo cotidiano, lo sucedido en el desarraigo. Uno de esos hechos fue casi definitivo: *“Nosotros acostumbábamos sentarnos por la tardecita en la vereda. Sacábamos los sillones, los perezosos, una mesita ratona, y llevábamos una jarra con limonada y vasos. O tomábamos mate. A veces, la mayoría, comenzábamos estando nosotros dos solamente. Pero siempre, indefectiblemente, dejábamos asientos vacíos, porque siempre, indefectiblemente recibíamos a algún vecino que pasaba y se quedaba a charlar. Especialmente uno. El vivía a la vuelta, a dos cuadras, era albañil. Cuando volvía del trabajo, a pie, se quedaba un rato, charlábamos, nos contábamos de nuestros hijos, de las respectivas huertas que teníamos en el fondo, de las actualidades del pueblo, etc., y así transcurría un buen rato, hasta que se levantaba y seguía su camino, y así siempre. Cuando sucedió lo del traslado, todos los propietarios fueron indemnizados y les fueron destinadas las casas en distintos puntos de la ciudad nueva. A nosotros nos destinaron una casa. A nuestro amigo, el albañil con el que todas las tardes tomábamos mate y charlábamos, no le dieron nada porque no era propietario, alquilaba desde hacía veinte años. Nuestro amigo, el albañil, no nos saludó nunca más”*.

Yo mismo me explico ahora por qué me negaba a viajar y conocer a la nueva ciudad. Me negaba en principio a ver ese gigantesco FONAVI (me refiero a los planes del Fondo Nacional para la Vivienda, esos barrios casi baldíos, pelados, con construcciones faltas de imaginación, que generalmente se levantan en lugares aislados del resto de la civilización, de los servicios, en fin de todo; y que habitualmente son asignadas a personas de bajos recursos), cocinándose al sol, vacío de vegetación, cuyas casas, todas iguales confundían a sus propios moradores.

### **Tercera Parte. La historia de antes.**

Qué había pasado con la identidad definida de los que lucharon por el arraigo en la situación anterior: aquellos de Mandisoví, la primera (ver apéndice), la del siglo XIX, trasladados a Federación. En esa situación, el traslado, si bien necesario, no fue compulsivo de toda compulsividad. Fue un traslado “cantado” ya desde mucho tiempo antes, originado por un paulatino abandono del lugar. Por la cercana formación de un precario puerto, por la pobreza y disminución violenta de sus gentes. La existencia, entonces, de un lugar con nuevas perspectivas de trabajo y producción, la oferta de nuevos predios a los extranjeros que fueron llegando, en una época principalmente de la Gran Bretaña, especialistas en cría de ciertas especies lanares, sumándose al guaraní que no mezquinaba la aprehensión de nuevas técnicas para agregar a sus conocimientos, y los criollos, españoles,

italianos, etc., que recomenzaron, en base a esfuerzo e imaginación, una nueva ciudad progresista.

El traslado fue rápido y constituyó una solución institucional: resolvía el problema de llegada de mercadería río abajo y viceversa salvando el inconveniente que constituía el Salto Grande. No hay registros, en este caso, de protestas o conductas fuera de lo normal, en el comportamiento de aquellos que debieron afrontar la aventura de construir el nuevo lecho.

### **El progreso, siempre el progreso**

Pero no terminaban de conformar un intento de destino cuando aparece el progreso en la figura icónica del tren. El ferrocarril del este llegaba hasta la ciudad correntina de Monte Caseros. Y siguiendo ese destino, emigraron artesanos, peones, carreros, comerciantes. Quedaron casi solamente los guaraníes, aferrados a los pedazos de casas, porque muchos habían demolido las mismas para vender los ladrillos y otros productos de la mampostería destruida.

Hubo que repoblar, utilizar la imaginación para encontrar razones de existencia. Las autoridades repoblaron con agricultores, es decir inmigrantes (para hablar de agricultura había que hablar de inmigrantes porque eran los únicos que se prestaban para ese trabajo, y lo sabían hacer). Aquí se ponía a prueba no solamente la imaginación de los que eventualmente dirigieron estas maniobras de supervivencia, sino la puesta en práctica de ciertas políticas de repoblamiento y trabajos que tienen que ver no solo con el agro, sino con las nacientes industrias cuasi artesanales. Toda esa zona de Entre Ríos fue inundada de inmigrantes y, a partir del primer contingente traído por Urquiza, de suizos franceses, también lo fue de nuevas formas de trabajo y tratamiento de los elementos naturales, y por lo tanto de nuevas formas de producción y subsistencia.

Ya por memoria, ya por mutaciones genéticas, ya por el ancestro, esto de recomenzar, de resistir, de armar el nido cuantas veces fuera necesario, debió formar parte indisoluble del carácter identificador de las gentes de por ahí.

### **Cuarta Parte : Hoy. Un traslado ligado al progreso.**

Qué de distinto, a grandes rasgos, fue aquel traslado, de este último, el de 1979, en que las *estrategias adaptativas*, (Leopoldo J. Bartolomé *Aspectos Sociales de la relocalización...*, 4 de julio de 1983, página 10) se ven alteradas en sus parámetros básicos. Pero es mejor dejar sentado qué es esto de estrategias adaptativas, aunque intuitivamente, lo podamos comprender. Dice Bartolomé que “*son el conjunto de procedimiento, selección y utilización de recursos, y tendencias evidenciadas en la elección de alternativas, puestas de manifiesto por una determinada unidad social a lo largo del proceso de satisfacer sus necesidades básicas y hacer frente a las presiones del medio*”.

Saliéndonos de las bibliografías, parece que todo se trata, en lenguaje

mucho más simple y del todo coloquial, que cuando nos sacan los puntos de referencias básicos, es decir, cuando nos dan vuelta el medio, lo transforman, transforman aquello que conocemos; cuando el paisaje que nos rodea ya no tiene los mismos árboles, las mismas casas, el mismo caminito en el pasto que atraviesa el baldío, los ladrillos gastados... Y tantas cosas más. Pero al mismo tiempo, mirando atrás, tampoco están las figuras referenciales, icónicas, de nuestros recuerdos materiales, fundamentalmente. Es decir, no tenemos asidero real ni referencias "... yo a esto lo hice de tal manera aquella vez". O "... el color aquel...", ó "... esa puerta con esa falleba...", y aún más importante "Ese paisaje que me llegaba al alma...". Digo, cuando todo desaparece, y pasa el tiempo, nuestro pensamiento lateral, la imaginación, los recursos aquellos por los que nos sentimos (y somos) superiores a otros seres, también desaparecen. Entonces adoptamos una posición fetal. Me imagino que igual al niño que comienza los primeros escarceos con las herramientas de la lectura. O nosotros mismos cuando nos vemos impelidos a aprender un idioma en tierra extraña.

Es el tipo de bloqueo que vemos en los primeros días de un empleado en su trabajo y, en fin, en infinitas secuencias de nuevas experiencias en las que se ponen a prueba nuestras mismas habilidades, o nuestras "maneras" de salir del paso. Podemos decir entonces que a aquellos que fueron "represados", les había pasado lo mismo pero peor: hubo, en este caso, una dosis de vejación compulsiva de parte de las autoridades.

Cómo adaptarse, así, repentinamente, a un nuevo medio, sin las referencias del caso. *"La gente se cuestiona la eficacia y validez de sus mecanismos adaptativos tradicionales, y su capacidad para proteger sus hogares, su comunidad, su estilo de vida (...) es difícil imaginar un insulto peor para una comunidad que el obligar a sus miembros a mudarse contra su voluntad"* (Bartolomé, 1983, pag. 11).

Me contaba Guido Tonina, autor de la "Cantata a Federación", que él recién estaba terminando el colegio secundario cuando se produjo el traslado por la represa. Una de las tantas anécdotas de los comienzos de la "adaptación", era que, como todas las casas eran iguales, tenían el mismo color, no había una planta aún, era fácil confundirse. Y para colmo en Federación no se acostumbraba a cerrar las puertas con llave, vieja costumbre perdida por otras razones. Una noche, volviendo de una fiesta en otra parte, uno de los amigos entró en su casa, y al otro día contaba que se había sentado en el sofá del living sin prender las luces para no despertar a nadie, y se estaba sacando los zapatos, cuando entró gente, prendieron la luz, y todos se sorprendieron al estar frente a desconocidos. El amigo se había equivocado y había entrado en otra casa.

Y según cuenta a "Historias de la Argentina Secreta" el odontólogo Carlos A. Stagnaro, *"Otro señor salió de su casa para acompañar a su hija a un determinado lugar. Él vestía bata. Cuando regresó entró en su casa, pasó a través del living y entró en una habitación en la que se encontraban los verdaderos dueños. Cuando salió lo vio un pariente de estos, el que hasta el día de hoy no está muy convencido de la fidelidad de la señora de la casa"*. (Historias de la Argentina secreta, 1986, fascículo N° 19, pag. 293).

Esto, me cuenta Guido, siguió sucediendo por mucho tiempo hasta que la

gente comenzó a dibujar su nicho. Se pintaron las casas con distintos colores elegidos por sus dueños, se hicieron jardines, se plantaron árboles, se pusieron bancos (o no). Es decir, se le dio carácter propio, se identificó. De eso se trata.

Dice Silvia Beatriz Stagnaro, psicopedagoga, que dedicó parte de su tiempo a corregir desfasajes ocasionados por la mudanza forzosa *“Lo que más extraño de la vieja Federación, son sus árboles... Acá, uno de los mayores problemas es la falta de identidad. Cuando llegamos todas las casas eran iguales entre sí y no había ningún tipo de separación. No había límites entre una propiedad y otra. Los chicos habían perdido sus límites. Entraban y salían por las casas del barrio con total libertad. Hablando con los padres, a todos les pasaba lo mismo. Esa situación nueva los había descolocado. Es decir, el tener todas las casas iguales y sin fronteras definidas”*. (Historias de la Argentina secreta, 1986, pag. 294, op. cit.) .

De todos modos, ya nada sería lo mismo. Los gallineros, las pequeñas huertas, no pudieron ser reemplazados con nada, no había lugar. Las indemnizaciones no daban espacios ni físicos ni mentales para imaginar un cambio posible generado por los interesados, los “represados”. Nunca se corresponderían esas casas con los hogares dejados atrás .

Mucho tiempo ha debido pasar para que los “represados” quisieran volver a mencionar recuerdos, hechos desgraciados, anécdotas, etc.

Las áreas más impactadas por el stress de relocalización, son:

**a) la estructura de liderazgo local:** aún en las comunidades más desarticuladas, existen ciertos individuos que asumen roles de liderazgo. En el caso de las relocalizaciones, estos individuos pierden efectividad dado que de estar a favor de la relocalización, se ponen en contra de sus vecinos, y si están en contra de la relocalización, tarde o temprano quedan desubicados por la misma realidad.

En el caso concreto de Federación, y a partir de 1976, se debe recordar que el solo hecho de ser líder de algo ya era un aliciente para que la autoridad de turno entrara en sospecha, (imaginemos a un intendente de un pequeño pueblo, y a un líder natural del mismo, hablando sobre el tema del traslado, de los inconvenientes, de las dudas, de su bronca, etc. en la oscuridad de un cuartito del fondo de una casa, para que nadie los vea o los oiga).

**b) La red de relaciones sociales en que se inserta cada individuo y cada unidad familiar.** Para esto vale el ejemplo de Alina y Andrés relatado más arriba, en el que, indefectiblemente, el desmembramiento producido por el traslado creó una fuente de desconfianza, resquemores, odios, envidias, originados por la injusticia y la compulsividad.

**c) Las pautas de conducta más directamente relacionadas con la adaptación al medio ambiente físico y social (estrategias adaptativas).**

**d) La “persona” del relocalizado** (el individuo en tanto sumatoria de atributos sociales) (Bartolomé. Op. cit.)

Antonio Rubén Turi define y explica en su obra *El castellano en nuestros labios* (pags.11 a 20) , una palabra de uso en nuestra zona: “**Argelado** sería, conforme al supuesto desplazamiento significativo, quien está como cautivo de algún malestar, o de su propia torpeza. Y **argelar** supondría (en función de idéntico desarrollo) encarcelar en cualquier incomodidad...” Por supuesto, a lo largo de nueve páginas el profesor Turi investiga el término más profundamente. Pero en este caso, refiriéndonos al estado enfermizo del “repesado”, la voz argelado encaja perfectamente, y ha sido y es de uso frecuente entre algunos habitantes de la zona.

La posterior búsqueda de identificación con mínimas acciones: plantas en el frente, pinturas, es decir, demarcación de la zona. Pero también la negación del olvido, la vuelta impedida al viejo nido, a la fuente de su identidad, a su propia historia.

Pocos conocen porque también pocos cuentan lo que sucede, aun hoy, cada tanto en Federación: las aguas bajan...

En un recorte de periódico, tal vez de Federación, hallé un corto poema atribuido y firmado por Eduardo Galeano, sin más referencias del mismo.

*“Las aguas al irse desnudan un paisaje de luna, y ellos vuelven.  
De la vieja iglesia ya no asoma ni la cruz en lo alto de la iglesia.  
Pero ellos vuelven al viejo pueblo que les devuelve la sequía mientras dura.  
Ellos vuelven y ocupan las casas que fueron sus casas y que hoy son ruinas de guerra.  
Allí donde la abuela murió, donde ocurrieron el primer gol y el primer beso.  
Allí donde ellos hacen sus carpas y hacen el fuego para el mate y el asado.  
Mientras los perros escarban en busca de los huesos que alguna vez habían escondido”.*

Eduardo Galeano

Continuando con las entrevistas, Guido Tonina relataba que bastante tiempo después de “repesados”, vieron que el nivel de las aguas del lago, periódicamente y obedeciendo a los regímenes del río Uruguay y las lluvias en el norte, bajaba a límites notables, dejando al descubierto los restos de la ciudad que fue. Como son aguas quietas, los cimientos, los pisos, los troncos cortados bajos de los árboles, los mosaicos, no habían sido borrados ni corridos. Es decir el mapa detallado de la Vieja Federación, se podía ver, tocar, sentir. Entonces la mayor parte del pueblo preparaba mochilas, carpas, leña para hacer fuego, banquitos, sillones, mate, y peregrinaban y buscaban los predios en los que habían estado sus casas, sus calles arboladas, sus esquinas de encuentros, las paredes y rincones en los que había sucedido algún amor. Y allí se sentaban, se juntaban, se reunían, y pasaban horas y toda una noche, y si era un fin de semana, ese fin de semana se quedaban acampando y dormían, tal vez acurrucados en lo que había sido el dormitorio. Comían en lo que había sido la cocina o el comedor, y caminaban hasta lo que fue el gallinero o el huerto, y tal vez olían una enredadera inexistente.

Y yo pensaba mientras lo oía a Guido, que esa peregrinación obedecía a la necesidad de cargarse de identidades, de memoria, a que estaban armando las defensas perdidas aquella vez, no hacía mucho, en ese peregrinaje a la inversa al que habían sido arrojados.

### **El Museo... los museos**

El único edificio que se trasladó es el de la muy vieja capilla, de características coloniales, pequeña, blanca. Originalmente estaba frente a la plaza principal de la vieja ciudad. Con el tiempo, a su lado se construyó otra iglesia bastante más grande, con una alta torre, rematada, por supuesto con el campanario y una pesada cruz, con pretendido estilo neo gótico. Cuando todo desapareció por acción de las topadoras, hasta la iglesia grande, la Comisión Técnica de Salto Grande decidió hacerse cargo de *desarmar* la vieja capilla, y *armarla* trozo a trozo, en la nueva ciudad, y solventar el recupero de elementos patrimoniales para poder realizar el Museo de los Asentamientos. Pero hasta aquí llegó la cosa.

Visité no hace demasiado tiempo ese pequeño edificio y sus muestras. No es muy abundante el material que se encuentra expuesto. “Es que (me explicaba Gisela, mi ocasional guía y capacitada encargada en esos momentos) la gente no entregaba nada. Recién ahora están comenzando a donar algunas cosas, algunos recuerdos. Pero aunque hubieran querido, y quieran, no es mucho lo que tienen. En la época de los preparativos del traslado de la ciudad, llegó gente de Buenos Aires, y casa por casa, entrando y hablando con los propietarios, fue viendo lo que había, no solo en el aspecto inmobiliario (las casas, las puertas, las ventanas, las rejas, los herrajes, las mayólicas, etc.), sino las colecciones de objetos antiguos, muebles, elementos de iluminación, hasta los números enlozados de los domicilios. Hoy todo eso está en San Telmo, y en las colecciones particulares de algunos militares o representantes enviados por estos. Les decían a los vecinos ‘Uds. van a casas nuevas de una ciudad nueva, moderna. Para qué van a retener estas cosas viejas. Véndanlas, tírenlas, regálenlas, y adquieran cosas nuevas, más acordes con el cambio’”.

Pero si bien con cierta presión, éstas solamente fueron sugerencias. Más terribles fueron ciertas condiciones que rigieron los traslados y de las cuales nadie o muy pocos hablan.

Como había que iniciar el traslado de aquellas cosas que cada propietario, a su criterio, iba a necesitar, también en cada hogar, se presentaron empleados de quien sabe qué repartición gubernamental (¿provincia?, ¿nación?, ¿municipio?), con recipientes cúbicos, de madera. Todos de tamaños uniformes. Para los cubiertos, por ejemplo, le entregaban una de esas cajas, y les decían “lo que entre se lleva, lo que no, queda”.

Todo fue un violento y breve proceso e intento de amnesia mediante el saqueo de los objetos representativos e identificatorios de una cultura, con un componente nuevo en ristre: el terror, el miedo a eso desconocido dibujado en las miradas de los visitantes.

De esta manera también se fueron nutriendo las arcas de funcionarios y demás. Así se complementó el botín conseguido por los allanamientos, secuestros, torturas y muertes de la larga noche de horror de la década del setenta.

“Se llevaron hasta las puertas (continúa Gisela). Y lo que no se llevaban porque no podían, iba a las llamas porque no podían quedar restos grandes por el peligro que representaban para el normal funcionamiento de la represa y sus máquinas”. Gisela, mientras me iba contando todo esto, iba cambiando su cara según los distintos dolores de los que se hacía cargo.

Ya no había historia casi, que se pudiera contar, ni memoria que se reflejara, por el brillo de más objetos. Sería muy poco más lo que se acercaría en las manos de los federaenses.

En un segundo viaje, siempre en 2003, me enteré que estaba en funcionamiento desde hacía muy poco, el Museo de la Imagen. Algo alejado del centro de Federación, sin embargo está ubicado en un bello lugar, rodeado de árboles y plantas. Construido íntegramente de madera, tipo cabaña, bastante espacioso. Las muestras son únicamente fotos, grandes o medianas. Muestran y explican, en su mayoría, el antes y el después, apoyadas en la información con macroleyendas. En algunos tramos es conmovedor observar grandes fotografías de paisajes atómicos: si alguna vez hemos visto imágenes de Hiroshima, estas eran lo más parecido.

Se nos invitó a pasar a una habitación en la que había sillas suficientes, y se proyectó una edición de noticieros y documentales de época. Pudimos verlo a Videla cortando la cinta, entregando las primeras casas, etc. Lo que no se decía, por supuesto, es que antes de esas inauguraciones y entregas, se echaron y no se los dejó entrar, a los marginados del otro lado, de la villa miseria que quedó formada con los pobres de siempre y los que no obtuvieron casas en la Nueva Federación, aunque se les había prometido la entrega. Eso fue en 1979 y aún hay conflictos porque no ha sido cumplida la promesa.

Tampoco se dijo que esas casas hermosas, que se entregaron primero, fueron cedidas a los “acomodados de siempre”. No se mostraban en esos noticieros de época las viviendas de los márgenes. Como siempre los márgenes se excluyen o se rechazan o se ignoran o se matan.

No se mostró tampoco una entrevista que realizara el periodista Jorge Álvarez de Santa Fe para su conocido programa “La tierra y su gente”, a una señora bastante viejita, a la que las autoridades junto con las llaves de la casa, le habían entregado una cruz para que cuelgue en una pared de la casa. La señora decía “pero no se en que pared la voy a colgar m’hijo, porque me dijeron que en esas paredes no se puede clavar nada”.

Ambos museos son parte de la misma realidad. Solo quienes los habitan y los muestran, difieren (en mi visión), en una actitud vital, que hace el identificarse con la realidad pasada y presente: mientras Gisela había sido el rostro y la expresión del trayecto de un pueblo que murió y renació pero que conserva las cicatrices identificatorias de esa biografía casi imposible; aquella otra joven, encargada en la ocasión, del Museo de la Imagen, nos iba contando la misma historia, pero alejándose de ella. Es hija de represados, represada ella misma cuando aún era muy chica, igual que Gisela. Pero su postura ante tantos sucesos,

era la misma que si su nacimiento se hubiera producido en Buenos Aires. ¿Negación? Tal vez. De todos modos ambas son la representación de los habitantes jóvenes, y no tan jóvenes, de nuestro país: ambas son herederas de un corte histórico y una despolitización profunda desde las políticas de estado, la educación pública, y sobre todo la falta de transmisión de las experiencias positivas y negativas de las generaciones anteriores. Cuando la historia no se cuenta, nos quedamos sin memoria y sin identidad. En este tópico Federación también es el paradigma de nuestro país.

### **Retrocediendo un poco**

Como habíamos visto más arriba, las distintas reconstrucciones, repoblaciones, traslados, eran como un baile con bastonero, iban girando en un gran círculo imaginario, que se iba desplazando lentamente ubicando su centro cada vez en un lugar distinto. A la vera de un río, a la vera de otro más grande. Con un puerto. Con una vía y un tren.

Y como obedeciendo a una señal, se iban agregando danzarines de otros pagos lejanos, otros tonos, otras costumbres, otros oficios, otras culturas. Eso nos enriqueció, porque más adelante, esas nuevas identidades adquiridas a fuerza de inmigraciones, se corrieron a toda la provincia y sus alrededores.

Pero, pienso, no bastan muchos corrimientos y desarraigos para fijar la fortaleza necesaria para resistir otros corrimientos, otros desarraigos. Podemos decir que solamente alrededor de 60 años fueron de relativa tranquilidad para los federaenses. Aquellos años que mediaron entre la fundación de la Federación a orillas del Uruguay y la piedra fundamental de 1946, y estos de la Federación floreciente, termas mediante.

### **El otro lado**

Del otro lado del arroyo queda el cementerio, el viejo hospital ahora cerrado y en ruinas, algunas casas antiguas que se han tratado de conservar, y muchos, muchos ranchos. Y también uno o dos aserraderos.

Cuando se produjo el traslado, el otro lado era un lugar sin puente ni nada que lo ligara a la ciudad nueva. Habían quedado totalmente aislados. Solamente un casi precario puente a siete kilómetros, posibilitaba llegarse a una u otra parte de la ciudad. Si un mecánico de la “vieja” necesitaba una gomita de repuesto para terminar de reparar un auto, debía recorrer algunos kilómetros para conseguirla en la “nueva”. Algunos chicos de algunas escuelas vivían de un lado y debían viajar al otro a dar clases. Recién en el '84, con el gobierno democrático, consiguieron unir por un puente ambos márgenes. Un puente de hierro, provisorio, que quedó para siempre.

## Cierre

Este trabajo es apenas una parte de otro más extenso aún no concluido. Pero, a pesar de ser difícil acotar su extensión, creo que vale la pena dar testimonios. De todos modos esto no es materia superada. Hoy la ciudad de Federación debe ser una de las más prósperas de la provincia de Entre Ríos, gracias a las termas, y al impulso de su gente. No está de paso sino a casi dieciséis kilómetros de las rutas principales (otro “logro” de las juntas militares). Sin embargo cada fin de semana, cada período de vacaciones, rebasa la capacidad de cuanto albergue de cualquier condición existe, y puedo asegurar que es mucho.

De todos modos, en los pliegues de la memoria de los federaenses que nacieron del “otro lado” (allí donde las aguas del lago cubren todo con pretendidos mantos de olvido), anida una cierta melancolía. Y cuando se refieren a lo ocurrido *hace tantos años*, se va colando en las palabras apretadas, algo de inconsolable, de impotencia lejana.

## Apéndice

Federación tuvo, a lo largo de la historia, tres asentamientos.

En 1777, Dn. Juan de San Martín, padre del Gral. José de San Martín, comandante de Yapeyú, organiza cuatro asentamientos (dos en territorio correntino, y dos en territorio entrerriano). Los que estaban por debajo del río Mocoretá eran Mandisoví y Yerúa. Yerúa es hoy Concordia y se encuentra en el mismo lugar del origen.

En 1847 Mandisoví queda casi totalmente destruida a causa de la guerra civil que asolaba la región. Urquiza y Urdinarrain deciden refundarla en un lugar más apto y en el que se pudiera desarrollar.

El 20 de marzo de 1847, se inicia el primer éxodo forzado de los habitantes de Federación, nombre impuesto por Urdinarrain (gobernador de Entre Ríos), al nuevo pueblo.

En el año 1946, el entonces presidente Juan Domingo Perón pone la piedra fundamental para la presa Salto Grande, signando el futuro de la ciudad.

En mayo de 1979 se produce el traslado definitivo de la población a la nueva ciudad.

Año 2004: aún restan trasladar 200 familias desde el otro lado.

## BIBLIOGRAFÍA

· “Federación: un pueblo en busca de su identidad”, *Historias de la Argentina Secreta*, fascículo nº 19, 25 de agosto de 1986. Hyspamérica Ediciones Argentinas S.A.

· Bartolomé, Leopoldo: “Aspectos sociales de la relocalización de la población afectada por la construcción de grandes represas”, del Seminario

“*Efectos Sociales de las Grandes Represas de América Latina*”, Buenos Aires, 4 al 8 de julio de 1983. OEA-CIDES – Ministerio de Acción Social – Naciones Unidas/CEPAL-ILPES

· Eguiguren, María S. R. y Varini, César: “*La creación del Departamento Federación*”, en Historia de los Departamentos de Entre Ríos N° 2. Editorial de Entre Ríos, 1986.

· Sin mención de autor: “*Un recuerdo que fue ciudad...*” Revista informativa de la Asociación de hoteles, restaurantes, confiterías y cafés de Paraná. Ediciones Después del Tunel – Año II, N° 9, Feb.- Mar. 1979.

· Tonina, Guido: *Libro de la Cantata Federación*. Sin editar. Sin Fecha.

· Turi, Antonio: “*El castellano en nuestros labios*”. Ensayos sobre el habla entrerriana. Colección Entre Ríos N° 3. Santa Fé, Colmegna, 1971.

· Varini, César: “*Nuestros Pueblos*”, n° 39, cap. 1: “*Federación*”. Publicaciones del Museo Regional “Camila Quiroga”, Chajarí, Entre Ríos, mayo de 1997.

## **SOBRE EL AUTOR**

Enrique César Suárez es Técnico en Administración y Gestión Cultural por la Universidad Nacional del Litoral. Ha sido asesor de la Dirección de Cultura de la Municipalidad de Paraná y ha obtenido premios literarios. Actualmente es Jefe de la sección biblioteca, y de coordinación y proyectos del Museo de la Ciudad de Paraná.

